

CAPÍTULO XIII.

Deberes cristianos.

Yo soy católico, pero no práctico.

Hasta aquí hemos hablado principalmente de los que tenían objeciones, dificultades y repugnancias que aducir contra la fé; pero hay algunos que hasta tal punto no encuentran cosa que oponer á ella, que se glorian, por el contrario, de profesar la religion católica, si bien añaden que *no practican*, queriendo decir que desatienden los ejercicios de la fé católica. Al decirlo no piensan hacer algo que hacer no puedan lícitamente, porque se han persuadido de que hay dos clases de catolicismo: uno acompañado de las obras, y otro sin ellas: óptimos ambos, pudiendo elegirse uno ú otro, segun la voluntad. He conocido yo alguno que llegaba en su casa á leer algo bueno y á vivir con cierta honestidad, pero que se hubiera dejado despedazar ántes que ir á una iglesia, ó acercarse á un confesor: hasta tal punto dábase á creer que no existia conexion entre ser católico y las prácticas religiosas. Hé aquí por qué si hay alguna máxima digna de cierto exámen, es cabalmente la del epígrafe.

Afortunadamente, para poner nosotros de realce que es absurda, no necesitaremos un ingenio muy sutil: nos bastará ponderar los términos que se oponen. ¿Qué quiere decir *yo soy católico*? ¿Qué quiere decir *yo no práctico*? Soy católico, quiere decir: Estoy cierto con certeza de fé, que es la mayor que se puede dar en el mundo, de que Dios me ha impuesto tales y cuáles obligaciones. Yo no práctico, quiere decir: No obstante la certeza de la obligacion que Dios me ha impuesto, juzgo lícito no hacer caso de ella poco ni mucho. Ponderad, lectores, un poco

toda la enormidad de tal contradiccion. ¿Cuáles son las prácticas exteriores más comunes impuestas por la fé católica? Redúcense á la misa, á las oraciones de la Iglesia, á oír la divina palabra, á la confesion, á la comunion, á la abstinencia de las carnes, á los ayunos, y pocas más. Sobre todas ellas, la Iglesia da disposiciones especiales, declarándolas completamente obligatorias: los católicos las reconocen tales. En particular, pues, quiere decir: yo, amaestrado por la fé, reconozco que necesito la oracion, que sin ella no adoro á Dios, ni le trato como Señor absoluto, ni como fuente de todos los bienes, ni puedo impeñar el perdon de mis culpas, ni gracia de ninguna especie; que, por el contrario, no puedo menos de dar muchas y graves caídas. A pesar de esto (añade), no haré oracion, ni me encomendaré á Dios, conservándome alejado, sobre todo de aquellas oraciones mucho más eficaces de la Iglesia, que hace en comun el pueblo cristiano.

Quiere decir: reconozco y juzgo, de fé que Jesu-cristo ha dispuesto en su Iglesia un sacrificio, mandando que todos tomen parte en él, porque será el único de la nueva Ley, en el cual existirá la sola víctima agradable al Señor, que podrá aplacarlo y que hará descender del cielo todas las gracias; pero sin embargo, no asistiré á él poco ni mucho, sea lo que sea de tantos misterios.

Quiere decir: reconozco y concedo que la palabra divina es el medio por el cual habla la Providencia de ordinario á los fieles, los amaestra, los conforta, los compunge, los aparta del vicio y los conduce á la virtud: pero, á pesar de ser todo esto de fé, indudablemente mi conducta será la misma.

Quiere decir: estoy cierto por la fé de que tengo la obligacion de someter mis pecados al santo tribunal de la penitencia; de que sin esta condicion nunca me serán perdonados: de que, viviendo en estado de culpa, puedo á cada instante ser arrojado al infierno, lo cual noto sucede á muchos que mueren como insensatos, y sin embargo, protesto que, lejos de cumplir aquella obligacion, no me presenta-

ré nunca en el tribunal de la penitencia, resulte lo que resulte de mi salvación eterna.

Quiere decir: juzgo de fé que Jesucristo, por el afecto indescribible que me ha profesado, ha establecido un Sacramento todo de amor, en el cual quiere unirse conmigo de un modo inefable, y en el cual me ha preparado tesoros de gracias, unidas á las más afectuosas é inauditas pruebas de una caridad verdaderamente celestial; y sin embargo de que no puedo poner en duda estas verdades, por profesarla fé católica, no me acercaré jamás al santo altar, ni haré caso alguno de todo el afecto divino, ni de mi eterna salvación.

Quiere decir: estoy convencido por la fé de que tengo el deber de manifestar exteriormente con las obras lo que interiormente creo con el corazón; y sin embargo, hago gala de abstenerme de todas aquellas obras exteriores que demostrarían mis creencias íntimas. Estas y otras muchas cosas semejantes quieren decir aquellas *hermosas* frases: *Yo soy católico, pero no práctico*. Ahora pregunto á un lector de buena fé: ¿se puede hacer una befa más injuriosa de la Divinidad? Si dijéseis: Soy turco, pero no práctico; protestante, pero no observo; ateo ó incrédulo, pero no hago nada, hablaríais inicuamente, sin duda, y sin embargo sería lógica la consecuencia. Porque ¿quién puede cumplir una religion que reputa fábula y mentira? ¿Quién reconocer una ley que juzga hecha por quien no tiene autoridad? Reconocer, empero, como verdadera la fé católica, que impone semejantes obligaciones, y después retraerse, ¿no es la manera más irracional que de pensar, discurrir y obrar existe?

Dicha máxima es más que una contradicción; es un ateísmo práctico, lo cual debe parecer claro: porque quien, profesándose católico, no ejercita las prácticas del culto de su religion, ¿de qué otra manera honra la Divinidad? No canta ciertamente salmos con los judíos, ni participa de la cena de los protestantes, ni observa el ramadan de los turcos, ni adora ídolos con los gentiles. ¿Qué hace, pues? Nada, nada. Vive sobre la tierra como los brutos,

sin cuidarse del porvenir, sin pensar en el alma y sin rendir culto al Señor. Es peor que los salvajes más feroces que contristan los desiertos del Africa ó las soledades de América; pues aunque faltos de humanidad, cultura y educacion, amaestrados solamente por la naturaleza, reconocen la existencia de un Dios, y hórranlo con alguna práctica religiosa, bien que yerren en el objeto que reconocen como tal, ó en la manera con que juzgan deber honrarle. Esto es lo que principalmente queremos decir al afirmar que la corrupcion que nace de la civilizacion es peor que la de la barbarie, porque ésta no extingue con los sofismas y con los errores hasta los últimos rayos que la razon hace vislumbrar á la mente: áun estos últimos rayos quedan por la otra oscurecidos.

Mas ¿cuál será despues la razon íntima por la que un católico se decide á prescindir de toda manifestacion exterior del culto, que se gloria, sin embargo, de profesar? Ciertamente sin alguna razon muy poderosa no puede abrazar un partido tan monstruoso. Habiéndola yo inquirido con alguna atencion, y habiendo preguntado á no pocos de los que miseramente se hallan en aquel estado, he descubierto que indudablemente es una de éstas: ó ignorancia, ó negligencia, ó mala vida, ó respeto humano.

Es ignorancia en algunos que se dan á creer verdaderamente que el Catolicismo tolera la vida de todo punto libre que llevan, y que, una vez sometida la mente á las creencias, todo lo demás es una superabundancia, buena, si se quiere, pero ciertamente no precisa. Es difícil ponderar cuánto se alejan de lo verdadero; porque la fé católica, á la cual dicen estar sujetos, enseña, no sólo verdades especulativas, sino que añade muchas prácticas; es más; no hay ninguna tan especulativa que no tenga tambien su parte práctica. Enseña, por ejemplo, que hay un Dios trino y uno; mas añade que en muchos ritos, comenzando por el bautismo, se haga profesion explícita. Enseña que la Misa es un verdadero sacrificio; mas impone asimismo, y por pre-

cepto celestial, la obligacion de asistir á ella. Enseña que los Sacramentos son siete; mas dice tambien á los fieles que deben recibirlos en los tiempos determinados y en las circunstancias señaladas. Por mandamiento divino tienen obligacion de confesarse y de recibir la santa Eucaristía; por mandamiento divino, el que quiere contraer matrimonio, lo ha de verificar por la vía del Sacramento; por mandamiento divino estamos obligados al ayuno, y así sucesivamente de las otras prácticas exteriores de la fé. La Religion católica así está fundada, y así quiere ser comprendida: no vale decir: yo la concibo de otra manera. Los motivos que nos obligan á someter la mente á las verdades especulativas, no nos obligan ménos á someter la voluntad á las obras exteriores. No es más de fé el misterio de la Santísima Trinidad, ó el de la Encarnacion del Verbo, que la obligacion de confesar, de comulgar ó de oír Misa. Por lo cual la conclusion directa sobre los aludidos es decir que si bien se declaran católicos de palabra, no lo son de hecho igualmente, porque no pudiéndose tener la fé á pedazos, y siendo completa ó nula, cuando no reconocen la divina autoridad que da leyes, no la pueden admitir cuando impone creencias.

Pero hay otros que se abstienen de practicar por negligencia ó descuido. No lo han hecho, ni lo hacen, y porque no lo hicieron ayer ni lo hacen hoy, no lo harán mañana, pasando así años enteros. Aumenta, pues, su dificultad la falta de costumbre de aquellos actos, por lo cual no saben cómo cumplir dicho deber. De éstos hay un buen número en todas las ciudades católicas. Engañanse, empero, completamente si se juzgan reos de pecado no grave; porque, ¿cómo puede ser ténue aquella omision que los conduce á no ejercer culto de ninguna especie, como hemos indicado más arriba? Una negligencia que pudiese producir la ruina de una ciudad, la pérdida de una fortaleza, ó la muerte temporal de todo un pueblo, no se juzgaria cosa insignificante: una negligencia que á Dios quita el honor debido, que hiere con el escándalo á tantas almas, y que

trata, por su parte, de desterrar el culto divino de la tierra, ¿se juzgará despues un mal pequeño? ¡Ah! Las balanzas de los hombres son de veras falaces; mas estas omisiones se pesarán un dia en las balanzas de Dios.

Sobre todo, sería difícil hallar culpa que más contraríe todas las intenciones de Jesucristo. Empeñóse tanto El en que practicásemos la religion, que la publicó solemnemente, que ordenó sus actos, que instituyó sus ritos, que por medio de la Iglesia prescribió el modo y el tiempo de realizarlos, que amenazó con severísimos castigos al que, conociendo su voluntad, no la cumpliese. ¿Cómo, por tanto, despues que un Dios mostró tal empeño, podrá juzgarse inocente al que, por su parte, muestra, no sólo frialdad, sino negligencia total?

De cierta calidad de prácticas exteriores aléjanse algunos por razon de mala vida que llevan. Como éstos creen en las verdades de la fé, no tendrían dificultad en practicarlas por su parte. Mas lo que lo impide son las pasiones de que viven esclavos. Quisieran tambien acercarse al tribunal de la penitencia y á la Eucaristía; pero como no quieren renunciar á las ilícitas ganancias de la avaricia, á las tramas ocultas de la venganza, á las suciedades de la lascivia, y á otras pasiones que les dominan, conocen que no pueden sin horrible sacrilegio unir á Jesucristo y Belial, la mesa del Señor y la de los demonios. Por esto, á pesar de sus remordimientos interiores y de los impulsos que experimentan muchas veces de romper aquellas cadenas, lo van difiriendo de dia en dia, y continúan léjos del buen camino.

Ellos, pues, son tanto más culpables cuanto su inteligencia no es cómplice del corazon, y conocen muy claramente que, con el auxilio de Dios, podrian y deberian destruir los obstáculos que se oponen á la práctica del culto divino. Fuera de que si provocan la venganza divina es siempre peligroso provocarla habitualmente con una constancia diabólica, como lo hacen años y años; no es pecar una vez por ímpetu de pasion y por caso extraordinario, sino

pecar intencionadamente, por máxima, por sistema, con gran infidelidad al Señor: consideren todos hasta qué punto es inicuo esto.

Sé bien que no faltan muchos de éstos que conservan en el fondo de su corazón la idea oculta de que cuando por el tiempo trascurrido ó por las circunstancias se rompa el lazo que ahora los tiene presos, se decidirán sin más á cumplir todos los deberes que la fé católica les impone; mas sé también que la mayor se quedan extrañamente burlados. Porque sin negar que si se convierten á Dios de veras serán acogidos, porque debo rendir testimonio á la misericordia divina, por la cual en cualquier momento en que se dirija el pecador á Dios con humildad y verdadero dolor, lo hallará dispuesto á recibirle, la mayoría se pierden porque con frecuencia les falta el tiempo para deplorar aquella vida desventurada que han llevado, ó por muerte subitánea que les sobreviene, ó por enfermedad que trastorna su cabeza, ó por no ser advertidos oportunamente, ó porque, advertidos, no saben cómo remediar sus necesidades. El largo descuido de todas las prácticas religiosas les ha hecho perder la costumbre; y así como aquellos que durante muchos años han dejado un arte no saben ejercitarlo, así ellos no saben ya lo que deben creer, esperar y amar. Temen aún, si quereis, el infierno, mas no con un temor que llegue á odiar la culpa, no bastando, por consiguiente, para salvarse.

Es preciso cambiar el corazón de tal suerte, que á odiar se ponga de pronto cuando hasta entonces ha querido, y á querer todo lo que hasta entonces ha odiado, lo cual es árduo y difícil; es preciso destejer ciertas telas que se han urdido durante mucho tiempo, lo cual es trabajoso; es preciso reparar, debidamente, los escándalos dados y los perjuicios ocasionados, así como devolver las cosas quitadas, lo cual es doloroso: por ser necesario para morir bien, es preciso hacerlo. Hace mucho más difícil su arrepentimiento la enfermedad que, trabajando el cuerpo, no deja sana la cabeza, el terror de la próxima muerte, del juicio de Dios y del infierno abier-

to á sus piés, que conturba el espíritu. De lo cual la consecuencia funestísima es luego no hacer lo que deben, ó hacerlo mal, y realizar aquel dicho tan común, que ninguno es tan loco que no haga señal de proveer finalmente á su salvación, mas pocos tan sábios que lo hagan cuando están á tiempo.

Ni Dios al condenarlos les infiere agravio alguno; porque si éstos no son los grandes malvados, y los grandes pecadores, no existen sin duda en el mundo. De una parte, no practicando religion alguna, con extraños realmente para Dios; de otra, estando habituados á la culpa, su vida no es más que una série de ofensas al Señor. La justicia de Dios requiere, pues, que sufran la pena; porque si la misericordia que usa con alguno en los últimos momentos de su vida llegase á ser cosa ordinaria, se acreditaria por fin en el mundo aquel horrendo principio de que se puede vivir como un demonio y espirar como un Santo, y de que Dios nos ha criado y puesto sobre la tierra para que le amemos sólo en el instante anterior al de la muerte.

Finalmente, la última razon, y quizás la más universal, fuente del descuido de las prácticas religiosas, es el respeto humano. De seguro la juventud no tiene tentacion más grave para dejar las prácticas religiosas que la que proviene de las irrisiones de algunos hacia ellas. Los niños ven que los mayores no se cuidan de oracion ni de Iglesia, y hacen lo mismo, para que se diga de ellos que no son hombres. Los jóvenes formados, parte por el ejemplo que á la vista tienen, y parte para evitar que les llamen beatos, se alejan de lo dicho. Ciertas clases de hombres consideran como punto de honor no dejarse ver en las iglesias, porque no son *sicut ceteri hominum*. Algunos de más obtuso entendimiento tienen necesidad de mostrarse atrevidos despreciadores de Dios para tener algo que les distinga de los demás. Hasta ciertas mujeres vanísimas afectan no cuidarse de las cosas del alma, para que no las llamen santurronas y gazmoñas.

¿Cuántos son éstos, y hasta dónde temen el mundo, innecesario es decirlo. Cada uno ve que se multi-

plican todos los dias, y que llegan al extremo de preferir la nota de ladrones, de disolutos, de prepotentes, y de sacrilegos, á que les llamen *devotos*. Lo que sobre todo debe observarse, es la gravedad del insulto que infieren á Dios. Un hijo que llegase á desconocer á su propio padre delante de una sociedad cualquiera, por verle abyecto, despreciable y mal vestido, sería con fundamento reputado un monstruo: ¿qué se deberá decir del que lleva su villanía hasta el punto de desconocer á Jesucristo, Autor de la vida?

Ahora será preciso decir que tratar y depender de El, obsequiarlo y obedecerlo, son actos que deshonran á un caballero. Y en verdad, ¿cómo quereis que magistrados, nobles, militares, empleados, jóvenes y en general el sexo más fuerte, se rebaje á tratar con Jesucristo en la oracion, yendo frecuentemente al templo, limpiando su alma antes de comparecer delante de El, y de recibirle en la mesa eucarística? ¡Cómo! ¡Ellos, hombres de aquella condicion, tener que tratar con Jesucristo, que tanto se humilló! ¡Ellos, con aquel grado de autoridad y preeminencia... con Jesucristo que tiene la forma de siervo! ¡Ellos, con aquella sabiduría y aptitud para los asuntos privados y públicos, con Jesucristo, que nunca aprendió letras! ¡Ellos, con aquella grandeza de ánimo, excelencia y valor, con Jesucristo, oprobio de los hombres y abyeccion de la plebel! ¿Quién podia sufrir tan extraña hñmillacion?

Mucho más, que sería preciso practicar estos actos de religion en la iglesia, esto es, en comun con el artesano, con el tendero, con el villano, con el disoluto, con la mala mujer, y bajo la direccion é interviniendo el sacerdote católico, ó sea aquel ser tan abatido y abominado. Ahora bien: ¿quién lo podria sufrir? El hedor que despediria desde lejos apesta. ¡Fuera, fuera! Esto es pretender demasiado. ¡Ah, lector! Si esta no es la ocasión de afirmar que para estas almas dignas se necesita un infierno especial, ¿cuándo llegará?

¡Desventurados! Aprendan una vez á conocer á Jesucristo, cuya fé, religion, persona y dignidad tan

inícuamente desprecian. Jesucristo es el Hijo Unigénito del Altísimo, Dios como su Padre, justo, santo, bueno, potente, perfecto en todo linaje de perfecciones. Sepan que Jesucristo es el amor y la delicia, el objeto de todas las divinas complacencias, para el honor de quien deben concurrir todos los ángeles y todos los hombres. Sepan que Jesucristo sufre hoy, disimula, soporta sus innumerables insultos, ó para que se corrijan mientras á tiempo están, ó para que despues resulte más ampliamente justificada su conducta cuando los condenará; pero que no se le escapa un pensamiento, acto ó aliento de que no deban darle cuenta estrechísima. Recuerden que Jesucristo es juez de los vivos y de los muertos, y que se han de presentar delante de El temblando, porque no podrán negar las acusaciones, impedir la sentencia, ni evitar su ejecucion. Acuérdense de que Jesucristo tiene una cárcel eterna donde precipitar á sus enemigos, y atarlos con cadenas inquebrantables, y darles á roer á un gusano eterno, y afligirlos con llamas inextinguibles. Recuerden que Jesucristo en formales palabras ha protestado que no sería reconocido nunca cerca de su Padre quien no le hubiera reconocido á El aquí en la tierra. Recuerden que ha expresado ya en su Evangelio hasta la sentencia *Nescio vos*, que destina para sus insolentes enemigos. Recuerden que no servirán para mitigar sus penas, ni los aplausos que hayan conseguido aquí bajo de sus compañeros libertinos, ni los honores á que hayan sido ensalzados, ni las comodidades, ni los placeres, ni la libertad que se hayan procurado con el olvido de El. Si Jesucristo fué mortal una vez, abatido, siervo, víctima, lo fué porque quiso; mas *non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo*; siendo igual á Dios Padre, por ser tambien Dios, sabrá con un soplo de su boca divina destruir los insectos asquerosos que desde su fango levantan tan audaces la cabeza contra El. Demasiados otros aplastó antes que valian algo más que ellos; ni ahora le temblará el brazo contra éstos, ni tendrá miedo á las *demonstraciones*, aunque sean numerosas.

Mas dejando esta digresion y volviendo á mi camino; ¿por qué causa; finalmente, se retraen de las prácticas de la religion? Lo he indicado en otro capítulo, y haré observar aquí sólo que por respeto á personas tan viles y abyectas, que no merecen consideracion alguna, puesto que las que se burlan de las cosas divinas no pueden ser calificadas de diverso modo. La experiencia hace conocer que la irrision de las cosas santas no sale nunca de los labios de una persona grave y sensata que se rija por principios. Estas, aunque tengan la desventura de carecer de religion; se guardan bien de jactarse ello, y mucho más de despreciarla, porque respetan los principios de los demás. Los grandes despreciadores de las prácticas religiosas no son sino ciertos muchachos imberbes, tanto más atrevidos para vilipendiar las cosas santas, cuanto ménos las conocen. Son ciertos *grandes hombres* carnales que, segun Jesucristo, no pueden comprender nada de lo espiritual; son cabezas desvanecidas que han perdido en lecturas frívolas, irreligiosas é impías, hasta el poco seso que tenian; son mujeres que hallan imposible la religion; porque, con traje más ó ménos elegante, se han prostituido. Ahora bien. Precisamente esta raza perversa es la que al humano respeto sacrifica las prácticas exteriores de la fé, el honor de Jesucristo y su alma propia. Los Santos llaman tal proceder una especie de apostasia y de traicion; porque así como Judas vendió á Cristo á sus enemigos por treinta dineros, los mencionados lo reniegan por mucho ménos, ó sea para librarse de una burla, de una habladuría, de una befa, de una mezquindad.

Por todo lo cual podeis apreciar lo que vale la fórmula tan común: *soy católico, pero no practico*. Sabeis lo que significa, la fuente de que mana, y el caso que de ella se debe hacer. En sí misma es una contradiccion; procede de ignorancia, ó de negligencia, ó de malas costumbres, ó de humano respeto, ó de todas estas causas juntas. Equivale á una traicion negrísima contra Jesus. Ahora repetidla, si os atreveis.

CAPÍTULO IX.

Misas.—Predicaciones.

I. ¿A qué tantas Misas? No puedo perder el tiempo.—II. Sé vale que dirán los predicadores.—III. No se pueden oír; son tan rústicos!

Las razones aducidas en el capítulo anterior demuestran universalmente la injuria que inferen á Dios los que rechazan las prácticas religiosas; más esta injuria parecerá más grande aún si se considera en particular cada una de las prácticas que se desechan. Porque siendo cada una un don inefable de la bondad divina, rechazarla es una ingratitud especial hácia el Dador magnífico que lo presenta. Contentaos, lectores, con que os lo haga ver en algunas. Responderé á las objeciones especiales que contra ellas se hacen.

I. La práctica primera, desatendida por muchos, es la de oír Misa en los dias festivos. ¿A qué tantas Misas? Yo no puedo perder mi tiempo: ni es necesario para decir esto que surja el obstáculo de cualquier grave impedimento, que podría servir de excusa razonable: lo hacen sin razon y contra toda razon; esto es, porque les falta la voluntad. Ahora bien. ¿Han formado á lo ménos una vez en su vida idea de la santa Misa? Para su honor es preciso negarlo; porque un conocimiento, aún imperfectísimo, bastaría para que espirase por siempre en sus labios aquella pregunta irreverente.

Suponed, por tanto, lo indudable: á saber: que en todos tiempos cuanto el hombre tiene, ora en el orden de la naturaleza, ora en el de la gracia, lo ha recibido de Dios, por lo cual necesita reconocerlo incesantemente autor de todo su bien. A este fin, á ser posible, hubiera debido el hombre inmolarse todo, para que viese Dios en su aniquilacion expre-